

*JARDÍN UMBRÍO DE RAMÓN DEL VALLE INCLÁN Y  
LA GLORIA DE DON RAMIRO DE ENRIQUE LARRETA.  
COINCIDENCIAS Y PARALELISMOS*

OLGA STEIMBERG DE KAPLAN  
Universidad Nacional de Tucumán

El Modernismo puede hoy, con cierta perspectiva histórica, definirse como un movimiento de indiscutible relieve en la trayectoria de las letras hispanoamericanas. Siguiendo a Emilio Carilla en su ensayo «La doctrina del modernismo hispanoamericano», consideramos que la iniciación de este movimiento puede fijarse, más que en un momento preciso y en un nombre determinado, en la década 1880-1890, y el punto final en el año 1916, fecha simbólica por su coincidencia con la muerte de Rubén Darío, figura de significación fundamental.

La importancia de deslindar el momento en el que se produce este profundo y polifacético cambio cultural no es exclusivamente historiográfica, sino que se vincula con el concepto de Modernismo en su relación con la modernidad, en cuanto crítica revisionista del pasado y búsqueda experimental de lo nuevo, de posibilidades de abrir diferentes caminos frente a los valores tradicionales. En ese sentido, Ivan Schulman dice que «debiera hablarse, en rigor, de un medio siglo modernista que abarcaría los años entre 1882 y 1932, y cuya literatura pro-teica dejó una herencia, patente todavía hoy, sobre todo en la prosa artística».<sup>1</sup> El Modernismo se presenta entonces como una época literaria de dilatada proyección espacial y temporal.

Como consecuencia de esa amplitud epocal y de la «variedad inarmónica»<sup>2</sup> que lo caracteriza, la estética del Modernismo aparece compleja, sujeta a cam-

1. SCHULMAN, Iván, «Modernismo/Modernidad: metamorfosis de un concepto», en *Nuevos asedios al modernismo*, Ediciones de Iván Schulman, Taurus Ediciones, Madrid, 1987, p. 11.

2. RODÓ, José Enrique, «El que vendrá», *Revista Nacional de Letras y Ciencias Sociales*, II, 1896, p. 82.

bios y hasta contradictoria. Ya en 1918 decía don Miguel de Unamuno: «No sé bien qué es eso de los modernistas y el modernismo, pues llaman así a cosas tan diversas y hasta opuestas entre sí, que no hay modo de reducirlas a una común categoría».<sup>3</sup>

Dejando de lado un afán de caracterización que nos llevaría, como dice Ricardo Gullón, «a simplificar, a encuadrarlo por naturaleza complejo y vario... a reducir el Modernismo a dos o tres de sus elementos más característicos»,<sup>4</sup> podemos referirnos a tres rasgos esenciales que, según Emilio Carilla en su trabajo ya citado, «bosquejan una doctrina interna del Modernismo hispanoamericano»: 1) Esteticismo; 2) Arte combinatorio; 3) Cosmopolitismo. Si bien estos rasgos definidores están referidos a la doctrina modernista en Hispanoamérica, pueden extenderse, pienso, de una manera muy amplia y general, también a la literatura española de la época.

En efecto, en los últimos años del siglo XIX, el Modernismo hispanoamericano se conoce y practica en España, y por influencia de las nuevas ideas se afirma una conciencia estetizante del estilo, una constante vigilancia expresiva que constituirá la raíz común de los escritores del período, tanto en América como en España. Juan Ramón Jiménez, en una entrevista publicada en *El Repertorio Americano* en 1936, decía: «Y aquí, en España, la gente nos puso este nombre de modernistas por nuestra actitud. Era el encuentro de nuevo con la belleza, sepultada durante el siglo XIX por un tono general de poesía burguesa. Eso es el Modernismo: un gran movimiento de entusiasmo y libertad hacia la belleza».<sup>5</sup>

Dámaso Alonso, por su parte, ha aclarado la relación existente entre Modernismo y escritores del 98. Considera que Modernismo y 98 presentan zonas de concomitancia y múltiples relaciones. Para él son conceptos que no admiten comparaciones porque no entran en la misma línea de clasificación ni se excluyen uno al otro. Por lo tanto, su presencia es posible en la misma obra, en el mismo poema. Porque la técnica modernista puede ser aplicada —y de hecho lo fue— por los escritores del grupo del 98. Dámaso Alonso hace una puntualización importante cuando dice: «No deja de tener interés tampoco que el Modernismo sea hecho hispánico, y la actitud del 98 exclusivamente española».<sup>6</sup>

Por todo lo expuesto, y dada la amplitud cronológica y geográfica del movimiento que nos ocupa, no resulta sorprendente que dos escritores de diferente nacionalidad, representativos de esta época literaria, cada uno de ellos original en su evolución personal y en su producción, muestren ciertas coincidencias y

3. Citado del prólogo a las *Poesías Completas* de José Asunción SILVA, Madrid, Aguilar, 1952, p. 19.

4. GULLÓN, Ricardo, *Direcciones del modernismo*, Madrid, Gredos, 1964, p. 8.

5. Citado por Juan Carlos GHIANO en «El Modernismo entre América y España», en *Ramón del Valle Inclán 1866-1966*, Universidad Nacional de La Plata, 1967, p. 182.

6. ALONSO, Dámaso, *Poetas españoles contemporáneos*, pp. 90 y 91.

paralelismos en dos obras en prosa. Me refiero al español don Ramón del Valle Inclán y al argentino Enrique Larreta.<sup>7</sup>

Las obras estudiadas son *Jardín umbrío*, colección de cuentos, publicada por Valle Inclán en 1903, y *La gloria de don Ramiro* —Una vida en tiempos de Felipe II—, novela histórica publicada en 1908. En el primer caso, *Jardín umbrío* se ubica en un primer ciclo de la obra del escritor español, mientras que la del argentino fue un texto consagratorio, que lo catapulta a la fama. La primera, obra de juventud; la segunda, obra de madurez y plenitud.

La brevedad de este trabajo me obliga a dejar de lado muchos aspectos interesantes de ambos textos y centrarme en cambio en lo pertinente a los objetivos precisos del mismo. Distintos estudiosos han señalado dos etapas fundamentales en la obra de Valle Inclán: un modernismo inicial, período que se prolonga —sin pretender fijar fechas exactas— hasta la publicación de *La lámpara maravillosa* (1916), y una evolución posterior que lo lleva a identificarse —siempre de manera muy personal— con las preocupaciones esenciales de los hombres del 98, época en la que se publican sus novelas *Tirano banderas* (1926) y las que integran la serie de *El ruedo ibérico*. Don Ramón del Valle Inclán es así un escritor modernista que al mismo tiempo forma parte, con don Miguel de Unamuno y Ángel Ganivet, del grupo más viejo de la llamada «generación del 98». Estos conceptos, como lo han demostrado ya los estudiosos del problema, no se excluyen mutuamente.

*Jardín umbrío* se sitúa en la etapa modernista de Valle Inclán, aquella que muestra las deudas con Barbey D'Aureilly, Casanova y D'Annunzio, y la herencia reelaborada de las escuelas francesas, que llegaban a España principalmente a través de Darío. *La gloria de don Ramiro* es una de las obras en prosa más representativas del modernismo hispánico.

En el mismo año en que aparece *Jardín umbrío*, 1903, Valle Inclán publica *Corte de amor* —Florilegio de nobles y honestas damas—, libro de narraciones breves, al que encabeza con una «Breve noticia acerca de mi estética, cuando escribí este libro». En ese prólogo, reelaboración del que había escrito cinco años antes para *Sombras de vida* de Almagro San Martín, Valle Inclán siente la necesidad de poner al lector en conocimiento de sus ideas estéticas, que al mismo tiempo son ideas de vida y de conducta. Para el escritor, la juventud tiene derecho a ser «arrogante, violenta, apasionada, iconoclasta». Porque los maestros, «nobles y viejos progenitores», no son infalibles. Destruir, en el arte, como en la vida, es crear. «Yo he preferido luchar para hacerme un estilo personal... De esta manera hice mi profesión de fe modernista: Buscarme en mí mismo y no en los otros». Más adelante señala el vivo anhelo de personalidad que carac-

7. Se han consultado las siguientes ediciones: *Jardín umbrío*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1940. *La gloria de Don Ramiro*, Espasa-Calpe, Madrid, 1964. Las citas se harán del siguiente modo: JU.; LGDR y el número de página entre paréntesis.

teriza al Modernismo, y el empeño por expresar sensaciones más que ideas. Porque para Valle Inclán, «La condición más característica de todo el arte moderno, y muy particularmente de la literatura, es una tendencia a refinar las sensaciones y a acrecentarlas en el número y en la intensidad... Esta analogía y equivalencia de las sensaciones es lo que constituye el “Modernismo” en literatura».<sup>8</sup>

Entre las notas que integran la doctrina modernista, pondremos énfasis en dos aspectos fundamentales para nuestro estudio comparativo: esteticismo y arte combinatorio.

El primero de los rasgos señalados: esteticismo, es un signo definidor del Modernismo, y cardinal en la obra de los escritores estudiados. Valle Inclán, en el artículo «Modernismo», publicado en *La Ilustración española y Americana*, del 22 de febrero de 1902, afirmaba: «Y ya dentro de mi alma, rosa obstinada, me río de todo lo divino y de todo lo humano y no creo más que en la belleza».

El esteticismo modernista abarca un amplio espectro en el que entran los temas, el lenguaje, la presencia de símbolos, todos ellos aspectos de significativa importancia. Señalemos también que, a pesar de que el Modernismo es un movimiento fundamentalmente lírico, extiende ese acento a todas las formas de la prosa: cuento, novela, ensayo.

En *Jardín umbrío* —Historias de santos, de almas en pena, de duendes y ladrones—, alternan los temas de amores sombríos con los de la soledad, la muerte y el pecado. Estos temas, como los de *La gloria de don Ramiro*: amoroso, religioso, caballeresco, están dinámicamente relacionados con el código ideológico del ámbito espacio-temporal en que se ubican las narraciones. En este sentido, revisten una profunda significación, no en tanto vocación de un acontecimiento particular, de un personaje preciso o de un conflicto dramático, sino como conjunto de valores y como concepción de la existencia correspondiente a una época determinada. Es el clima de decadentismo en Europa, que vuelve su mirada hacia las ciudades muertas, a sus callejuelas desiertas, a esos palacios vacíos y derruidos cuyas únicas voces son las de los antepasados ilustres o las letanías de bellas mujeres exánimes.

En el cuento «Beatriz», dice el narrador: «Era muy piadosa la Condesa. Vivía como una priora noble retirada en las estancias tristes y silenciosas de su palacio, con los ojos vueltos hacia el pasado: ¡Ese pasado que los reyes de armas poblaron de leyendas heráldicas!» (*JU*, 33.)

Es el mismo mundo recreado por Larreta en *La gloria de don Ramiro*:

8. VALLE INCLÁN, Ramón del, *Corte de amor: Florilegio de honestas y nobles damas*, Madrid, 1908, pp. 23, 27, 28.

Cuadras sólo animadas por las figuras de los tapices; fúnebre estrado, brumoso de sahumero, que su madre, vestida siempre de monjil, cruzaba como una sombra. (*LGDR*, 9.)

El peso de la religión, la idea del pecado y del castigo, los amores condenados, la nota erótica (muchas veces morbosa y demoníaca), responden al sistema de ideas y de juicios vigentes en esa época y coinciden en uno y otro texto. El coraje, el valor frente al peligro, surgen como nota propia del hombre de ese ambiente, que no retrocede ni aun ante los emisarios del demonio. La niñez imaginativa y febril, desorientada en un universo sombrío y misterioso, es otro motivo común a ambas obras.

Las criadas le querían de veras. Todas miraban con respetuosa ternura al párvulo triste y hermoso, que no había cumplido aún doce años y parecía llevar en la frente el surco de misterioso pesar. (*LGDR*, 9.)

Era en la montaña gallega. Yo estudiaba entonces gramática latina con el señor Arcipreste de Celtigos, y vivía castigado en la rectoral. Aún me veo en el hueco de una ventana, lloroso y suspirante. («Nochebuena», *JU*, 157.)

El tema de lo caballeresco y del coraje es justamente uno de los vectores semánticos de ambos textos, aunque su real dimensión sólo se aprehende en relación dinámica con el contexto: la vida provinciana de la época, la educación, las ideas religiosas. Conectado con estos aspectos, aparece el tema de la seducción: el donjuanismo. En efecto, el personaje de don Juan con su encanto, su frivolidad, su coraje físico, está encarnado en Ramiro, que desdeña el éxito fácil con Casilda o la extremada embriaguez de su relación con la mora Aixa para aspirar a la esquivia Beatriz, que se le resiste. En el cuento «Rosarito» de *JU*, don Miguel de Montenegro es el donjuanesco personaje, sesentón y seductor, a quien precede una escandalosa historia, y que no vacilará en cobrar una nueva víctima para su ya larga lista de conquistas y amoríos. Volubilidad de conducta, falta de escrúpulos, son características de ambos personajes.<sup>9</sup>

Otro rasgo destacable, común a las obras estudiadas, es el exotismo, manifestación de rebeldía modernista en tanto propósito de escapar al gris de la vida cotidiana y crear un universo imaginario y misterioso que sólo vagamente corresponde a los lugares reales. Refleja la necesidad del artista de encontrar la belleza en la creación de ámbitos míticos, de recintos irreales, a los que incorpora elementos ausentes, pero vivos en su imaginación. Así ocurre con Ávila en el caso de Larreta, con los nebulosos recintos invocados por Valle Inclán, ambientes ideales para dar satisfacción a los sentidos.

9. ALONSO, Amado, *Materia y forma en poesía*, Madrid, Gredos, 1977, pp. 230-231.

En el plano del lenguaje, Valle Inclán y Larreta muestran un dominio notable del instrumento expresivo. Amado Alonso habla de la «potencia asociativa» de las palabras en la prosa de las *Sonatas*,<sup>10</sup> y el mismo concepto puede extenderse al vocabulario de *Jardín umbrío*. Ricardo Gullón llama la atención sobre la riqueza sugeridora de la lengua de Valle Inclán en el cuento «Mi hermana Antonia». En efecto, las palabras ponen en juego sensaciones diversas al asociarse con vocablos que les dan una nueva proyección.

En «Del misterio», la palabra clave de todo el relato está ya en el título: es, justamente, «misterio», y en torno a ella se organiza la potencia asociativa del texto y se concentra el tono general del ambiente cuento.

¡Hay también un demonio familiar! Yo recuerdo que, cuando era niño, iba todas las noches a la tertulia de mi abuela, una vieja que sabía estas cosas medrosas y terribles del misterio. (JU, 91.)

Las descripciones, de seres humanos o de ámbitos físicos, ponen de manifiesto una plasticidad y riqueza admirables.

Doña Soledad Amarante era alta, consumida, con el cabello siempre fosco, manchado por grandes mechones blancos, y las mejillas descarnadas, esas mejillas de dolorida expresión que parecen vivir huérfanas de besos y caricias. («Del misterio», JU, 91.)

Era uno de esos días de bochorno canicular a que no escapa, con ser tan empinada y ventosa, toda aquella región de Castilla. Un aire abrasador se amodorra en las navas, y el cielo sin nubes embravece su tinte como el esmalte en el horno. (LGDR, 34.)

Por la plasticidad de su lenguaje, Larreta ha sido llamado «pintor literario». En efecto, la visión pictórica es notable en los escritores estudiados; crean verdaderos cuadros de época que los aproximan a Velázquez o El Greco. Abundan también en ambas obras las sensaciones auditivas y táctiles, aunque en el caso de Valle Inclán no encontremos idéntico desarrollo de las olfativas y gustativas.

La sensualidad, la musicalidad de la prosa, el lirismo de la narración, el sentido plástico de la escritura, permiten afirmar la importancia del concepto de «arte combinatorio» mencionado en este trabajo como característica esencial.

Dos literaturas, dos países; una misma lengua y un mismo período en la evolución de las letras hispánicas justifican, creo, la aproximación de dos escritores importantes que, en un momento de su producción, muestran preocupaciones artísticas similares.

10. GULLÓN, Ricardo, *Espacio y novela*, Barcelona, 1980, 72.